

De la Laboral al Gedo con el chándal verde

El jesuita Emilio Varela, fallecido a los 86 años tras 46 de docencia en Gijón, será recordado esta tarde con una misa en El Natahoyo

:: A. AUSÍN

GIJÓN. Entre sus dones, destacaban la sencillez, la amistad, un caótico trastero donde siempre encontraba lo que buscaba para las clases de Electrónica y una «inconfundible bici» que parecía echa a remiendos con la que cruzaba Gijón de punta a punta con su chándal verde fluorescente. El jesuita Emilio Varela ejerció de profesor en Gijón durante 46 años. Primero, desde 1956, en la Laboral; y, tras la marcha de la orden del complejo de Luis Moya, de profesor y coordinador de los servicios generales y mantenimiento en la Fundación Revillagigedo de 1978 a 2002. Fue tan servicial e imprescindible que cada vez que faltaba se le echaba de menos al instante. Así lo recordaba ayer Miguel Ángel Tocino, expárroco de San Esteban del Mar, en la afectuosa glosa realizada por su reciente fallecimiento, a los 86 años, en Villagarcía de Campos (Valladolid).

El padre Emilio, coruñés de nacimiento (Folgoso-Sobrado, 1931), murió el 4 de septiembre y esta tarde, a las siete, será recordado en una misa en San Esteban del Mar, donde tam-



Emilio Varela Balado. :: E. C.

bién se rendirá homenaje a otros tres jesuitas fallecidos el último año: Enrique Prieto Rueda, Darío Gallego Tabres y Luis Martínez de la Vega.

Otros tres homenajeados

Enrique Prieto estuvo en la parroquia de 1972 a 1988, período en el que ejerció como profesor, coordinador general, coordinador pastoral y rector del centro de FP. Darío Gallego Tabres ejerció de profesor, fue coadjutor y atendió el dispensario médico entre 1966 y 1981. Y Luis Martínez de la Vega fue profesor y prefecto general de la Fundación Revillagigedo entre 1976 y 1988; y coordinador del departamento de Tecnología, profesor ministro y coordinador de servicios generales y consiliario del Gedo entre 1996 y 2016.

MIGUEL ÁNGEL TOCINO
EXPÁRROCO DE SAN
ESTEBAN DEL MAR

EL 'TRASTERO' DE EMILIO



Conoció a Emilio en la comunidad de El Natahoyo en 1993. Para entonces, llevaba a las espaldas de su vida ya mucha historia de servicio, entrega y una muy larga lista de amigos y relaciones. Era una persona muy querida que se dejaba querer. Todavía, entonces, ejercía con enorme dedicación en el mantenimiento del Gedo, nuestra escuela profesional. Tenía allí un 'trastero', no muy grande, con muchas cosas de muchas clases cuyo orden solo conocía él. Siempre que le pedía algo él lo encontraba; no sé cómo, pero lo encontraba. Recorría de punta a punta Gijón con su chaqueta de chándal verde fluorescente y su bicicleta que parecía hecha a trozos. Inconfundible.

Era de los jesuitas que emprendieron, en aquella época, la misión

de la Laboral (1956) y vivieron su final (1978). Allí, en plena juventud, desarrolló una labor titánica en aquel enorme y complejo edificio. Después siguió en el Gedo, al otro extremo de Gijón.

Emilio tenía los dones de la sencillez y la amistad. Conoció también toda la transformación de El Natahoyo, el paso de barrio industrial y marginal a residencial y, con ello, todas las batallas campales en las navas y a sus personajes. Su labor en el Gedo era absolutamente callada pero imprescindible. En cuanto él faltaba por cualquier razón se le echaba de menos inmediatamente.

Sonriente, siempre acogedor y recordado por todos. Muchos profesores ya jubilados y antiguos alumnos (conoció generaciones enteras) venían a saludarle o preguntaban por él. Participaba, como un feligrés más, en las actividades de la parroquia de San Esteban del Mar y era conocido también por muchas personas de El Natahoyo.

Persona disponible. Cien mil detalles donde Emilio estaba como colaborador, participando como uno más, en todo lo que se le pidiera. Siempre cercano y servicial. Sin duda, una persona de gran corazón que aprendió a vivir el evangelio de Jesús en la Compañía de Jesús. «Amigo y compañero en el Señor», de verdad. Él añadiría: «Que no es lo mismo», con toda su sabiduría gallega.